CAPÍTULO PRIMERO

¿UNA NUEVA CRISIS DE LA DEMOCRACIA?

ÍNDICE

I. Señales preocupantes en todo el mundo 17
II. La participación popular 18
III. La creciente demanda de democracia y el peligro de dramatizar 19

Menos de un tercio de la población norteamericana sabe que el lema "a cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus méritos", con el que Karl Marx describió la última fase del socialismo, no está escrito en la Constitución norteamericana. En 1964 una minoría de estadounidenses sabía que la URSS no formaba parte de la OTAN. Hoy la mayoría de esa población no conoce al candidato político de su distrito; pocos saben qué partido controla el Congreso; el 40% no sabe a qué poderes se enfrentó Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. En Italia, una buena parte de la población piensa que el número de inmigrantes se eleva al 27% de la población, más del triple de la cifra real.

I. SEÑALES PREOCUPANTES EN TODO EL MUNDO

El presidente francés Emmanuel Macron, el 7 de septiembre de 2017, en la cuna de la democracia, en Atenas, bajo el Partenón, dijo que "en Europa aujourd'hui, la souveraineté, la démocratie et la confiance sont en danger" (hoy en día, la soberanía, la democracia y la confianza están en peligro. "La democracia muere en las tinieblas" (*democracy dies in darkeness*) es el nuevo lema que aparece en la primera página del "Washington Post". Ya en 1966, el presidente turco Erdoğan declaró que la democracia "es un medio y no un fin, como un tranvía del que te bajas cuando llegas a tu destino".

Tan sólo casi la mitad de los 193 Estados del mundo se gobierna democráticamente y el número de países democráticos no aumenta. Es más, algunos Estados en los que se celebran elecciones con regularidad, como Turquía, Polonia y Hungría, se vuelven antiliberales, en cuanto limitan la libertad de expresión, la libertad de asociación o la independencia del poder judicial y, por tanto, socavan la propia democracia, que no puede sobrevivir sin estos instrumentos.

Hasta en países con una democracia bien asentada y antigua, como en el caso del Reino Unido, se descubren limitaciones en el sistema democrático, como lo es la privación del derecho a votar de la población reclusa, cualquiera que sea el delito que se haya cometido; o en los Estados Unidos, donde la democracia se está convirtiendo en plutocracia, y al representante de la nación lo elige la mayoría de los Estados, y no la mayoría de la población, hasta el punto de que el último presidente, Donald Trump, fue elegido a pesar de contar con dos millones de votos menos que su competidor.

Igualmente se muestran débiles los mecanismos de toma de decisiones en las democracias, lo que aqueja no sólo a los partidos y a los parlamentos. El Reino Unido y China, por ejemplo, han confiado al mismo arquitecto el diseño y la construcción, respectivamente, de la quinta terminal del aeropuerto de Heathrow en Londres y la tercera terminal del aeropuerto de Beijing: la primera se construyó en 20 años, la segunda en 4 años.

II. LA PARTICIPACIÓN POPULAR

El referéndum constitucional italiano de diciembre de 2016 se ganó con algo más de 19 millones de votantes, lo que representa tan sólo el 37% del electorado. Donald Trump fue elegido el 45º Presidente de los Estados Unidos en noviembre de 2016 con sólo un cuarto de los votos de los ciudadanos estadounidenses. En el referéndum en el Reino Unido de junio de 2016 sobre la pertenencia a la Unión Europea, votó por la salida el 52% del 72% de los que tenían derecho a votar. No una mayoría, sino una minoría, ha tomado una decisión cuyas consecuencias afectan a toda Europa y no han sido tenidas en cuenta ni por los que estaban a favor o en contra de la salida de la Unión. Lo mismo puede decirse del Presidente turco Erdoğan: elegido en 2014 por el 52% del 76% de las personas con derecho a voto, comenzó a imponer fuertes restricciones en julio de 2016 a la oposición, con graves consecuencias tanto para las minorías internas, como para Europa y el equilibrio político de esta parte del mundo. En las elecciones presidenciales francesas

de 2017, Macron obtuvo algo más del 24% de los votos en la primera vuelta y en la segunda más del 66% de aproximadamente el 74% de los participantes en la votación.

En los países desarrollados, alrededor de una cuarta parte del electorado se abstiene de votar. En las democracias más antiguas y establecidas, como Suiza, votan aproximadamente la mitad de los que tienen derecho a hacerlo.

En Italia, la participación electoral, que al principio de la historia de la República era de más del 90%, se redujo en veinte puntos después de unos treinta años y en 2010 era ya inferior al 64%. Los votantes en las últimas elecciones regionales sicilianas fueron el 46,7% del electorado.

La participación política activa, medida en una encuesta de la Oficina Nacional de Estadística (ISTAT), se reduce al 8% de las personas mayores de 14 años (la participación social es tres veces mayor), mientras que la participación política pasiva es del 77%. Esto significa que muchas personas están interesadas en la política, aunque no quieren implicarse activamente en ella.

De la "democracia de los partidos" se ha pasado a los partidos "líquidos". Los partidos están en crisis en la sociedad, si bien son fuertes en el Estado.

En Italia, ha surgido de repente un movimiento de rebelión que afecta de a un cuarto a un tercio del electorado. Y se han sucedido, a lo largo de ciento cincuenta años trece sistemas electorales, tres desde 1993.

III. LA CRECIENTE DEMANDA DE DEMOCRACIA Y EL PELIGRO DE DRAMATIZAR

Al mismo tiempo que disminuye la participación popular, crece la demanda de una mayor democracia. Los ciudadanos quieren participar en las decisiones, se muestran descontentos con la clase dirigente, desean establecer canales directos con el poder.

La búsqueda de un "empoderamiento del pueblo", de más derechos –pero no de deberes, con los que aquéllos formaban casi una endíadis desde hace dos siglos–; y la reivindicación de siempre más prestaciones a cargo del Estado genera frustraciones, protestas, rebeliones, puesto que resulta difícil satisfacer esta demanda creciente. Y cuando ésta se satisface, produce sobrecarga gubernamental, elefantiasis, ineficiencia, que se encuentran en el origen de nuevas insatisfacciones populares. Como escribió Norberto Bobbio, "nada corre más el riesgo de matar a la democracia que el exceso de democracia". La tentación de una democracia ilimitada es peligrosa.

Se trata de señales preocupantes, que afectan tanto a la democracia directa (los referendos), como a la democracia indirecta (las elecciones). En muchos lugares del mundo estos signos se nos presentan con un tono dramático. Se constatan crisis, decepciones, traiciones, o insuficiencias de la democracia. Ésta habría agotado el capital acumulado de confianza, quedando de la democracia una mera fachada. El *demos* habría perdido la partida frente a las oligarquías. A una sociedad pasiva le acompañaría un paternalismo estatal, con el consiguiente desplazamiento del centro de gravedad desde el poder legislativo, que representa al pueblo, hacia el Ejecutivo, en el que prevalece el componente oligárquico. De ahí que los organismos representativos se hallarían en crisis, con el peligro de la deriva hacia autoritarismos de nuevo cuño, la verticalización del poder, presidencialismos de hecho, el colapso de los cuerpos intermedios (especialmente partidos y sindicatos). La política habría pasado de ser un vehículo para hacer observar las leyes a un instrumento para derogar las leyes. Hay quien ve en esto un diseño de las "plutocracias"

internacionales, de las tecnocracias que se sustraen de todo control popular, con una sólida base en el mundo financiero global. Cabe recordar la burlona frase de Bertolt Brecht: "el Gobierno debería disolver al pueblo y elegir a otro".

Sin embargo, la pasión y la retórica de quienes dramatizan tampoco ayudan a comprender lo que sucede, pues así se corre el riesgo de oscurecer los verdaderos problemas.

La democracia ha sido también en el pasado objeto de críticas o de interpretaciones destinadas a redimensionar su alcance. Recuerdo aquí la frase pronunciada por un joven republicano en el *Luciano Leuwen* de Stendhal, en la que la democracia se concebía como "esa dulce mezcla de hipocresía y mentira a la que se llama gobierno representativo". En cambio, Settembrini, uno de los protagonistas de *La montaña mágica* de Thomas Mann, afirmaba que la democracia no tiene otro significado que el de una corrección individual a todo absolutismo estatal.

Por otra parte, en muchos países la democracia ha conocido diversas crisis. La más importante y discutida ha implicado, en torno a la Primera Guerra Mundial, a diversos países, como consecuencia de la extensión del sufragio y del crecimiento de las grandes organizaciones de masas, partidos y sindicatos. Más tarde, algunos politólogos americanos han definido la democracia italiana y la japonesa de la segunda posguerra como *quasi-democracies* o *uncommon democracies*, habida cuenta de que durante medio siglo las elecciones libres han llevado al Gobierno siempre al mismo partido.

Si es cierto que una buena parte del electorado no participa en las votaciones, no lo es menos, sin embargo, que existen instituciones representativas tanto a nivel nacional como local; jueces que ejercen el control necesario; liber-

tad de expresión y de asociación. En suma, los Estados se complacen en proclamarse democráticos (así el art. 1 de la Constitución italiana: "Italia es una República democrática"; o de la española: "España se constituye en un Estado… democrático").

Asimismo esperamos cada vez más de las instituciones y medimos su rendimiento no en función de sus respuestas, sino en relación con nuestras crecientes expectativas y sobre la base de criterios variables: unas veces queremos que sean más eficientes, otras que escuchen más a los ciudadanos, o también que nos dejen más libres.

Por último, los sistemas democráticos han demostrado poseer una capacidad inigualable de garantizar la seguridad y la justicia, y de redistribuir los resultados del crecimiento económico (aun cuando esta función no se haya desempeñado bien en las últimas décadas, y haya provocado la reacción de los movimientos antisistema).

Resulta necesario, por tanto, poner, en su debido contexto y desde una perspectiva histórica, la democracia, con el estilo propio del entomólogo, más que con el de un predicador. Hoy es más válida que nunca la recomendación de Giacomo Leopardi: "quien no sabe acotar, no sabe hacer".